



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 4.º de Noviembre de 1884.

Núm. 35.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Cumpliendo lo ofrecido, continuamos la publicacion de nuestro periódico suspendida durante el mes de Octubre. Los que tuviesen abonada por completo la suscripcion de este ultimo trimestre podrán desquitar en el próximo la mensualidad que han satisfecho de más.

A los que tengan atrasados sus pagos les suplicamos encarecidamente se pongan al corriente, pues son grandes los sacrificios que traen consigo estas empresas, como lo prueba la necesidad en que nos hemos visto de montar una imprenta que permitiera continuar la publicacion del modo económico que la tenemos establecida.

Los trabajos de instalacion de esa imprenta nos han retrasado algo las tiradas del presente mes. Advertimos esto para que no se extrañe el retraso

EL MAESTRO CEROTE.



Ahi lo tienes, lector. Ese es el maestro Cerote.

Yo le conocí joven, y era todo lo que se llama un buen mozo: bien plantado, y con un pelo negro que daba envidia.

De lo curro no digo nada: ni las moscas se le paraban encima. Cuando él se echaba á la calle los lunes (digo los lunes, por que los domingos los dedican los zapateros á echarse al infierno); cuando él se echaba, digo, á la calle, con su pantalon ajustado, su gorra de cascos y su corbata verde mar, prendida con la tumbaga que heredó de su abuela la tia Marinavo, era cosa de

asomarse á los balcones para verlo pasar: tan ufano iba y tan orgulloso.

Era lo que él decia: —Mientras tenga yo mi facultad ¿quién me tose? Y tenia razon. Pero, amigo, los tiempos no pasan en vano. Y si á todo un Napoleon, cuando Dios quiso, no le faltaron toses, menos habian de faltarle á nuestro pobre héroe que, á pesar de todo su heroismo, jamas rayó tan alto como el vencedor de Marengo.

En efecto, las toses del maestro Cerote fueron los años, que bien pronto empezaron á hacer de las suyas. El repetido roce de la lezna comenzó á echar á bajo aquel pelo anillado que era la envidia de propios y extraños; despues las fuerzas y los parroquianos vinieron á menos; y no tardó en llegar el dia en que el portal de un viejo canónigo vino á ser el refugio donde el desgraciado hijo de S. Crispin tuvo que sentar los reales de su industria, y áun contemplar con tristeza que algunos perros callejeros llevasen su mala educacion hasta el indecoroso extremo de depositar en el capazo de sus herramientas cosas, que, como las del Sr. Echegaray.... *no pueden decirse.*

Pero, en fin, cuando hay alegria en el corazon y paz en el alma todo se lleva bien; asi es que el tio Cerote, que era un hombre honrado sin afanes ni ambiciones, pasaba, á pesar de todo, su vida bastante alegremente, echando cada copla y cada remiendo que daba la hora.

Como no ocurriese que alguna fregatriz remilgada y fastidiosa se propusiese darle un disgusto empeñándose, por ejemplo, en probarle que le habia estropeado los zapatos en vez de componerlos (lo cual, dicho sea en verdad, solia suceder muy á menudo) el tio Cerote no se incomodaba nunca.

Al medio dia, su muger le traia la comida al portal; y por la noche su hija ó su yerno, que era un buen muchacho, oficial del oficio, le ayudaba á retirar la herramienta y *pax Cristhi*. En seguida, y mientras se hacia la cena, que solia ser bastante ligera, tanto, que á veces se escapaba, el tio Cerote cogia la guitarra, Quico, que así se llamaba *su señor hijo político*, cogia la pandeleta, (única prenda que segun aseguraban los vecinos habia aportado al matrimonio) y ya estaba armado el jaleo.

La encargada de las coplas era Maria. Maria tenia buena voz, y al tio Cerote se le caia la baba oyendola cantar. Canta, hija mia, decia el viejo. Y Maria cantaba:

Al jardín de las riquezas
buscando la dicha fuí.

Y me digeron los angeles:
de esa fruta no hay aquí.

—¡Olé, salero! gritaba el marido entusiasmado de oir á su muger.

Y el entusiasmo del corazon pasaba á la pandera, y la pandera se agitaba multiplicando hasta el infinito sus golpes de contrapunto.

—Callad, demonios, saltaba desde la cocina la tía Manuela, que este era el nombre de la tía Cerota ¿no veis que D.^a Ursula la de la jaqueca nos va á echar á la calle?

D.^a Ursula era una señora que habitaba el principal, y que llevaba siempre en los pulsos dos parches de tacamaca, medicina santa para el dolor de cabeza.

—Dejelá *osté* que se queje á Poncio Pilatos, contestaba Quico. Y María volvía á cantar.

Que tontos son los *chusqueles*
que corren tras la ambicion;
cuando *sin tantos papeles*
nosotros, pobres *peleles*,
llenamos el corazon.

Estos jolgorios se repetían con encantadora frecuencia.

Verdad es que la tal frecuencia no encantaba á D.^a Ursula la de los parches, ni á los otros vecinos graves y ocupadísimos, para quienes era inconcebible que pudiese haber gentes pobres capaces de divertirse hasta tal extremo, siendo así que ellos, que, gracias á sus largas tareas, ocupaban una *bonita posicion*, maldito si tenían ganas de reirse aunque les rascasen los piés.

Seguramente no se habían fijado nunca en las coplas de María, ni en aquello que dice el evangelio de que *le basta al dia su propio afan*.

No es esto decir que casa del tío Cerote no hubiese tambien sus cosillas.

Los pobres, por ser pobres, no son impecables, aunque, por el mero hecho de no ser ricos, tengan mas allanado el camino de los cielos, en el que cada millon es un repecho y cada talega un pedrusco.

Por ejemplo, á la tía Manuela se le quemaba la sangre de que el tío Cerote, que solía ser algo aficionado á echar discursos, los echase llenos de vanidad, sin acordarse de que la riqueza espiritual del pobre, asi como la pobreza espiritual del rico, no son sino meras gracias que Dios envia desde el cielo á los que orando humildemente se las piden.

—Señores, solía decir á veces el tío Cerote, tosiendo á guisa de sabio que se prepara.

La tía Manuela se preparaba tambien.

—Señores, la verdad es que para vivir contento y tranquilo en este mundo solo hace falta un poco de pan y un mucho de buen ánimo.

—Y un *mucho más* de gracia de Dios, saltaba la tía Cerota.

—Eso se supone.

—No basta suponerlo; es menester pedirlo.

—Manuela, no seas exagerada. No me gustan los fanatismos.

—Ni á mi las *dotorerias*.

—Te has metido demasiado en la mística.

—Vaya V. á remendar zapatos, ¿qué entiendes tú de eso?

—Sí, señor, que entiendo; entiendo que para ser hombre de bien y no tener ambicion, ni vanidad, ni soberbia, ni amor á lo ageno, como tienen ciertas gentes, no se necesita ser místico.

—¡Ah, ganso! ¿donde has oido eso? Porque tú eres muy aficionado á repetir lo que oyes; especialmente cuando no lo entiendes. Pues ¿sabes Facorro lo que te digo? que los hombres de bien al *natural*, asi como tú te los imaginas, solo suelen serlo mientras la ocasion no se presenta ó mientras las pasiones no les pinchan. El que desdeña la piedad y la oracion que hace llover las gracias del cielo, está muy expuesto á que la honradez *se le seque* á las primeras de cambio; porque aunque Dios haga llover sus gracias, que son la fuerza del alma, sobre justos y pecadores, para los vanos y los ingratos tarde que temprano se cierra el grifo.

—Vaya, fuera disputas y venga la guitarra, saltaba María.

Y volvía á oirse la voz de la zapaterilla:

Son los hombres relojes
estropeados
compuestos por la gracia
de Cristo santo.

Quien la desdeña
verá como en su pecho
para la péndola.

La de las arrogantes virtudes del tío Cerote necesitó poco para pararse, como van á tener lugar de ver nuestros lectores.

Es un caso gracioso, que demuestra cuán verdad es lo que cantaba Mariquita: esto es, que el reloj de nuestro corazon no anda mucho tiempo en regla sin esa fuerza que viene á cada instante desde el cielo á darle cuerda, y que á cada instante debemos solicitar por medio de la piedad y de la humilde oracion; que era á lo que el asnísimio tío Cerote llamaba la *mística*.

Era una noche de verano y la familia del remendon habia dado de mano á sus tareas, disponiéndose á cenar un gazpacho andaluz de dificultosa sustancia; pero sazonado con esa alegria que suele ser el privilegio exclusivo de los pobres que viven bien avenidos con su pobreza.

Eran las nueve proximamente: el tío Cerote habia salido á cobrar unas composturas, y su muger, su hija y su yerno le esperaban con la mesa puesta.

De pronto levantaron la cabeza y se lo vieron entrar con el rostro alterado de un modo extraño; no se sabia si el remendon iba á llorar ó á reirse; verdad que esto no podia llamar la atencion porque era mui feo.

—¿Qué te pasa?—exclamó la tía Cerota.

—Silencio, dijo el remendon con aire misterioso; y se introdujo en el cuarto.

Toda la familia se precipitó tras él.

—¡Manuela! Manuela mia!—dijo volviéndose de repente hácia su muger: somos ricos, mui ricos, riquísimos; somos millonarios.

La tía Manuela abrió la boca.

El yerno abrió los ojos.

Mariquita se quedó estupefacta,

—Mirad—continuó el tío Cerote, sacando un paquete de papeles y arrojándolos encima de la mesa.

—¿Qué es eso?

—Billetes de banco de á cuatro mil reales. Importan dos millones. Son nuestros. Acabo de encontrármelos.

Aquellas cuatro palabras fueron cuatro tiros. La tía Cerota cayó insultada; Mariquita se puso muy pálida; Quico tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Qué es esto, señores? exclamó el remendon con entereza, como el capitán que anima á su gente en el peligro. ¿Vamos á morirnos todos por habernos hecho ricos? Tendría gracia. ¡Manuela, Manuela! gritó tratando de despertar á su muger.

La tía Cerota permaneció insultada.

—¿Si será un ataque de apoplejía? pensó Mariquita lanzándose á la calle en busca de un médico, sin acordarse ya de los millones.

El remendon no se afligió tanto.

Dos amores se excluyen; el del dinero habia excluido algo al de su muger.

—Eso no será nada, dijo al yerno.

El yerno convino en lo mismo.

Entonces, mientras volvía Mariquita, el maestro zapatero contó al marido de su hija los detalles del hallazgo.

El yerno, aunque mal, sabia leer y repasó los billetes. Ya no cabía duda; eran ricos, muy ricos, riquísimos. Habian cambiado de posicion radicalmente; bien pronto cambiarían tambien aquel mísero cuartucho por un magnífico palacio; bien pronto tendrían coches, lacayos, títulos, honores....

El fantasma de la vanidad habia empezado á extender sus alas de humo sobre el cerebro de aquellos dos zapateros.

Quico, en un momento de entusiasmo, se creyó ya vestido de frac y trasportado á los salones de su suegro.

En aquel instante la tía Manuela dió un resoplido.

—Ya parece que la *mamá* vuelve en sí, exclamó Quico con afectacion.

El tío Cerote se puso colorado; pero comprendió que por alguna parte habia que empezar á ser fino.

—Tu *mamá*, hijo mio, exclamó en el mismo lenguaje distinguido, está á mi juicio más grave de lo que parece.

Quico se preguntó entonces lo que cumple hacer á las personas de posicion cuando se les pone grave la suegra; pero en aquel momento le vino á la cabeza otro fantasma más negro que el anterior. El fantasma de la herencia que, como es natural, va siempre vestido de luto.

Si mi suegra se muere, pensó, heredo la mitad del hallazgo; es decir un millon.

El tío Cerote notó que su yerno se rascaba la cabeza.

—Sería una desgracia, dijo Quico despues de dos ó tres rascaduras; porque con la muerte de la *mamá* habria que hacer particiones.

—¿Qué es eso de particiones? saltó el tío Cerote adivinando los pensamientos de su yerno. Aquí no hay nada que partir.

—Pero, papá ¿y los gananciales?

—¡Qué papá, ni que gananciales! ¡Aquí todo es mio!

—Menos lo que manden las leyes, saltó Quico cuadrándose y echando á un lado las buenas formas.

El tío Cerote miró á su yerno, y despues echó ojo á una silla.

Afortunadamente en aquel momento volvió en sí la tía Manuela; pero en cuanto bebió agua y se rehizo, salió con otra antifona de peor especie.

—Ese dinero no es nuestro, dijo: alguno lo ha perdido; hay que devolverlo.

El zapatero que conocia mucho á su muger temió otro disgusto.

—El dinero me lo he encontrado yo.

—Por que se le habrá perdido á otro.

—No tengo necesidad de averiguarlo.

—Te equivocas, y si no consúltalo con persona de conciencia.
—Ya tenemos la conciencia en puertas. Cuando yo digo que con tus beaterías nos vés á volver locos.
—Lo que voy á hacer es que volváis los cuartos.
—Mira, Manuela, no me frias la sangre; yo soy más honrado que todos los beatos juntos, y sé cumplir con mi deber sin rezar tantos rosarios como tú. Si el que ha perdido ese capital viniese, por ejemplo, preguntando por él, yo...

—Servidor de Vdes., dijo en aquel momento una voz en la puerta de la calle. ¿Me podrían Vdes. decir si se han encontrado algun fajo de papeles?

El tío Cerote sintió que le faltaba la tierra de los piés.

El recién venido penetró en la entrada. Parecía un dependiente de comercio.

—Digo, repitió, si han visto Vdes. por casualidad un paquetito de...

—No, señor, saltó el tío Cerote tragando al mismo tiempo la saliva para que pasase el embuste.

—Sí, señor, saltó la tía Manuela sin poder ya contenerse. Yo lo he encontrado, y no lo había dicho á mi marido. Denos V. señas, y tome sus millones que aquí queremos ser cristianos antes que ricos.

El desgraciado remendon iba á dar un estallido, cuando le detuvo la carcajada más estrepitosa que había oído en su vida.

El hortera se apretaba los hijares.

—¿Pero es que han creído Vdes. que eran billetes de verdad? No, señora. ¡Si son billetes imitados que usamos para anunciar en el dorso nuestros chocolates!

Todos los hielos del polo norte derretidos en un momento sobre la cabeza del tío Cerote no le hubiesen dejado más frío que lo dejaron aquellas palabras.

Afortunadamente su muger había salvado el que dirán, suponiéndole ignorante del hallazgo.

Cuando el tendero se hubo marchado, la tía Manuela miró á su marido, y su marido bajó los ojos.

En el alma del remendon pasó algo parecido á lo de S. Pedro; solo que el pobre tío Cerote no tenía ningun gallo que le cantara.

Pero tuvo á su muger que le estuvo cantando toda aquella noche para hacerle ver cuan falsa viene á ser siempre la honradez que no se funda en Dios, fuente de toda virtud.

Al día siguiente era domingo, y antes del alba se abría la puerta del tío Cerote. Primero salía la tía Manuela acabándose de poner la mantilla. Despues salía el tío Cerote con una capa de cuello alto hasta las orejas.

—Facorro, que lo confieses todo y... clarico.

—Ya lo sé.

Fué lo unico que hablaron hasta llegar á la parroquia. Momentos despues las vanidades del tío Cerote se extinguían á los piés de un confesor, consumidas por el fervor de su arrepentimiento. Y diz que allí se quedaron tambien sus penas. Así es que aquella noche D.^a Ursula la de la jaqueca volvió á oír aterrada sonar la alegre guitarra del zapatero, y luego la fresca voz de Mariquita que cantaba más alegre que nunca:

Del corazon de Cristo

brotó una fuente
que el agua de la vida
lleva á torrentes.

Sin esa agua
no dan fruto las flores
de nuestras almas

000

LA SUPREMA LEY

Allá en los tiempos en que la mayor parte de los pueblos ignoraban aun la palabra de Jesucristo, vivía un anciano apellidado Novario, el cual era el único en toda la comarca, que, habiendo recibido la buena Nueva, se aplicaba á comprenderla y practicarla. Dotado de un alma ardiente y un ingenio investigador insaciable, no había nada en la tierra ni en el cielo cuyos misterios no tratase de penetrar: conocía á fondo la naturaleza y la historia, y hasta se sonaba que poseía el secreto de la marcha de las estrellas.

Su acalorada imaginacion le llevaba á veces hasta querer investigar á riesgo tal vez de extraviarse, los misteriosos arcanos del paraíso, vedados á la razon humana sobre la tierra; mas siempre su fé le servía de faro seguro que le libraba de los terribles escollos de tan peligroso camino.

Habiase retirado á una solitaria colina en donde vivía aislado en una cabaña cubierta de césped labrada por sus propias manos, ocupado en engrandecer su alma y elevarla hacia su Criador. El ejercicio continuo en la meditacion y oracion, hizo desaparecer, por fin, para Novario, el velo material que oculta á la vista de los hombres el

mundo invisible, dejándole entrever los celestiales albores. Percibía al mismo tiempo las maravillas de la creacion material y las de la creacion inmateral, y escuchaba á la vez el murmullo de los arroyuelos, la voz de los querubines y el hosana de los Bienaventurados al pié del trono del Eterno. Los ángeles le llevaban el alimento, y le abastecían de manjares desconocidos para el hombre; y sus dias se deslizaban en un perpétuo arrobamiento.

Unido á la vida pura de los espíritus, había sentido apagarse en su corazon las ambiciones vulgares, como las pálidas estrellas desaparecen ante los fulgores del sol; más enorgullecido al ver cuánto se había elevado su inteligencia sobre el nivel intelectual de los demás hombres, quiso penetrar los secretos de Dios, por lo cual repetía incesantemente para sí: «¿Por qué no he de saber yo lo que dicen los gorjeos de las aves, el leve susurro de la brisa, el zumbido de los insectos y los himnos celestiales de los ángeles? en ellos debe esconderse la suprema Ley que rige el mundo.» Mas fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo su inteligencia para descubrir este misterio; y solo consiguió ensoberbecerse y endurecer su corazon.

Aconteció que, un día, al principiar la oracion de la mañana, vió venir hácia él un grupo de soldados que conducían á un criminal al suplicio. Los curiosos referían sus crímenes, y el condenado sonreía al escucharlos, envaneciéndose del mal que había hecho. Al llegar junto al solitario, detúvose de repente, y dirigiéndose á él le dijo: «Acércate, santo varon, y dá el ósculo de paz al que vá á morir» á lo cual Novario, sin meditar si aquel desdichado era ó nó verdaderamente culpable, contestó indignado: «Aparta de aquí miserable, y vé á morir; no deben los lábios puros posarse sobre la frente de un maldito». El criminal continuó silenciosamente su camino, y Novario tomó el suyo para volver á su ermita; más ¿cuál fué su asombro al ver que todo había cambiado? Los árboles, que la presencia de los ángeles mantenían en perpétua verdura, estaban despojados como los del valle; en donde algunas horas antes brotaba el rosal silvestre, brillaba ahora la escarcha, y el musgo seco dejaba al descubierto las rocas estériles. Novario esperó la venida del mensajero celestial que le traía cotidianamente el alimento, para saber la causa de semejante cambio; mas el mensajero no pareció; el mundo invisible había cerrado sus puertas á Novario: había vuelto á caer en la ignorancia y las miserias de la humanidad. Comprendió entonces que Dios le castigaba; por más que no adivinaba su falta, se sometió humildemente, y arrodillándose en la cima de la colina exclamó: «¡Oh Dios mio y Criador mio! puesto que os he ofendido, yo mismo me impongo el castigo para expiacion de mi falta: desde hoy abandonaré mi soledad querida, y prometo, mi Dios, andar errante, sin más reposo que el de la noche, hasta que me manifesteis, por medio de un signo visible, que he merecido vuestro perdón; y tomando su campanilla de ermitaño, su breviario y su bordon de acebo, se ciñó con un cinturón de cuero, aseguró sus sandalias, y se encaminó, despues de dirigir una triste mirada á la colina, hácia el lugar donde el Yonne mezcla actualmente sus aguas con las del Sena, formando un ameno y poblado valle; el cual estaba entonces cubierto de matorrales y erizado de espesos bosques, sin más sendas que las que abrían con su paso las fieras.

En toda esta comarca solo se veía de trecho en trecho alguna que otra miserable vivienda cuyos toscos habitantes rechazaban el trato con los extraños; mas Novario, siempre fijo en el fin que le guiaba, marchando siempre hácia su rehabilitacion ante Dios, sufría con tranquilidad las fatigas y las privaciones; á los dolores oponía la resignacion, á los obstáculos la paciencia.

De este modo llegó á un espeso bosque que servía de guarida á unos piratas que atacaban las embarcaciones que subían ó bajaban por el río.

Un día que caminaba muy de prisa por alcanzar la ribera antes de que anocheciese, penetró en un claro en el que cuatro de estos bandidos se calentaban al rededor de una fogata. No bien le echaron la vista encima, se precipitaron sobre él, y le arrastraron junto á la hoguera para despojarle de cuanto llevase. Novario no puso resistencia, pensando que aquello era la voluntad de Dios. Los bandidos le quitaron la campanilla, el libro y el breviario; y al ver que no tenía nada más, deliberaron si debían soltarle ó matarle; pero el mayor de ellos, llamado Tolderico, juzgó que sería mejor guardarle para que remase en la barca; por lo cual le ataron una cuerda al cuerpo, otra á los piés y otra á los brazos, de manera que pudiese servirse de sus miembros.

A su cargo estaba el preparar la comida, afilar las armas y conducir la barca, sin otra recompensa que golpes y maldiciones. Tolderico, que había parecido al ermitaño el más generoso, era el más despiadado; y juntando á la crueldad el sarcasmo, le preguntaba de continuo de qué le servía el poder de su Dios. Sucedió, no obstante, que en una ocasion atacaron los cuatro piratas una navecilla que bajaba por el Sena, en la cual esperaban recoger un rico botín; mas como fuese cargada con un destacamento de arqueros, los recibieron con una nube de flechas, que dejaron muertos á tres de los bandidos; y el cuarto, que era Tolderico, atravesado el pecho de parte á parte.

Novario dirigió la barquichuela hácia la orilla, dando gracias á Dios de encontrarse libre otra vez y de poder huir facilmente; pero compadecido de los que durante tanto tiempo le habían atormentado, dió sepultura á los tres muertos, y se dirigió á Tolderico á quien aún quedaba un resto de vida. Al verle acercarse, juzgando al solitario segun su naturaleza salvaje, pensó que venia para vengarse, y le dijo: Remátame pronto sin hacerme sufrir. Mas Novario replicó: No vengo, hermano mio, á quitarte la vida; hojalá pudiera restituirtela con la mia.—No llega á tanto el poder de ningun hombre, exclamó asombrado y conmovido el pirata, porque siento ya el frío de la muerte que me llega al corazon; pero si es cierto que tanto me amas,

á pesar de lo que te he hecho sufrir, dame un poco de agua con que apague la sed que me devora.» Corrió Navario y trajo agua al herido en el hueco de la mano; luego que hubo bebido, fijando su vista en el ermitaño le dijo: «Ya que tan bueno has sido con un malvado; ¿querrás hacer más aún, y conceder el ósculo de paz á un culpable?»—«Si quiero, contesto Navario, y plegue á Dios que se convierta para tí en una bendición!» é inclinándose sobre el pirata, imprimió en sus lividos labios el signo de perdon; y Tolderico se durmió por toda la eternidad.

En el mismo instante resonó en los aires una voz que decía: «Tu prueba ha terminado, Navario; Dios te había castigado por negar tu compasión á un delincuente, y hoy te recompensa por haber perdonado á un malvado. Alza la vista, y aplica el oído, porque ya comprenderás lo que dicen los rumores de la tierra y del cielo.»—El solitario que había escuchado la voz con gran recogimiento, levantó la cabeza, y se vió trasportado á su ermita. Los árboles habían reverdecido; los arroyos corrían por sus antiguos cauces; los pájaros cantaban alegremente en los floridos espinos; y en las alturas del cielo veíanse á los ángeles que subían y bajaban por la escala de Jacob, á los querubines que volaban sobre las nubes, y á los santos que cantaban himnos de alabanza, formando todos estos ruidos un coro que repetía sin cesar:

«¡AMOS LOS UNOS Á LOS OTROS!»

Entonces Navario cayó de hinojos, y exclamó: ¡Gracias, Dios mío! bendito seas, porque me has dado á conocer la suprema ley del universo: la caridad: la ley del amor.

(Traducido de *Le Pelerin*, de Paris.)

VARIEDADES.

FABULA.

EL LEOPARDO Y LA ARDILLA

Saltando y brincando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona Ardilla.

Mas, ay! por su mala estrella;
Faltó una rama, y la mísera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pié del tronco dormita.

Qué horror! qué espanto! su Alteza
Despierta azorado, y mira,
Crespando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.

Encójese la cuifada...
Tiembla... dobla su rodilla...
Al cabo le habló la Fiera
Así, templando sus iras:

—«Te perdono la vida, bestia inermel!
Con esta condicion, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
El por qué tan alegre y deliciosa
La vida pasas, sin que nunca merme
El júbilo que en tí siempre rebosa,
Mientras yo, que soy Rey, con mi grandeza
Me pudro de fastidio y de tristeza.»—

—«¡Ah, Señor! (le responde) tan rendida
Por ese don que me otorgáis me veo,
Que os diré la verdad; pero... subida
En la copa del árbol, porque creo
Ser regla de oratoria recibida,
Que suba en alto el orador pigmeo.
¿Lo consentís, Señor?»—

—«Vé sin demora!»—
—«A... já... já! Puesta en salvo, escucha ahora:

¿Es posible,
Rey temible,
Que no sepas á tu edad,
El sendero
Verdadero
Para haber felicidad?

¡La inocencia!
Vé la cicncia
Que me otorga tanto bien;
Porque gusto
Sin ser justo,
¿Quién lo goza, dime, quién?

Sin congojas,
Frutos, hojas
Son mi pasto, siempre igual;
Nunca mato,
Ni maltrato
Ná ninguno quiero mal.

Pura el alma,
Duermo en calma
Sin gusano roedor;
Y en mis hijos
Están fijos
Los cuidados de mi amor.

Aunque frágil,
Lista y ágil
Salto y brinco de placer;
Y consuelo
Me da el cielo
Cuando es fuerza padecer.

Y tú quieres
De placeres
Disfrutar en la maldad...!
¡No! la sombra
Que te asombra
Es tu misma iniquidad!

Pues tu pecho
Nunca estrecho
Para el odio y la ambicion,
La matanza,
La venganza
Son tu ley y tu razon.»

Seguir pretende su discurso, cuando
Lanzó la Fiera, con horrible saña,
Tan gran rugido, su furor mostrando,
Que hizo al bosque temblar y la montaña.
«¿Qué os sucede, Señor?» (dijo saltando
Con irónica risa la Alimaña.)
Su Alteza comprendió en aquel momento
Que sin virtud la vida es un tormento.

(Fábulas Ascéticas)

PENSAMIENTO.

Morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.

Aparisi y Guijarro.

LIBRO INTERESANTE.

EL LIBERALISMO ES PECADO. CUESTIONES CANDENTES.

Así se titula un sustancioso libro debido á la pluma del conocido escritor D. Felix Sardá y Salvany, trabajo tan digno de leerse como todos los suyos.

En ese libro, publicado con la censura eclesiástica, se hacen patentes la multitud de errores que encierra esa gran secta moderna enemiga de la Iglesia, á la que no tienen inconveniente de seguir afiliados más ó menos vergonzantemente muchos que hoy se precian de fervientes cristianos, y verdaderos católicos.

Esta obra forma un tomo en 8.º, con buen papel; y se vende á 3 reales ejemplar, en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en percalina y planchas doradas.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía católica*, calle del Pino, 5, Barcelona; y á las librerías católicas de las principales poblaciones de España.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2 50
Un cuarto id.	1	1 25
Un octavo id.	50 cénts. »	

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

IMPRESA DE LA LECTURA POPULAR.